

Oí que el cartero se acercaba a mi oficina media hora antes de lo habitual. No sonaba como siempre, caminaba con pisadas más fuertes, con garbo, y silbaba. Era un chico nuevo. Silbó hasta llegar a la puerta, entonces se calló un momento y luego rió.

Después llamó.

Me estremecí. El correo me llega al buzón a menos que se trate de cartas certificadas, que no suelo recibir muchas, y en ese caso nunca son buenas noticias. Me levanté de la silla de mi despacho y abrí la puerta.

El nuevo cartero, que parecía un balón de básquet con patas y tenía la calva quemada por el sol, se reía del letrero del cristal de la puerta. Me miró y lo señaló con el pulgar.

—Está de broma, ¿no?

Leí el cartel (la gente de vez en cuando lo cambia), y negué con la cabeza.

—No, va en serio. ¿Me das mi correo, por favor?

—Ah, vale. En plan fiestas, espectáculos y cosas de esas, ¿no? —. Miró por detrás de mí, como si esperara ver un tigre blanco o puede que alguna ayudante ligera de ropa pavoneándose por mi estudio.

Suspiré, no tenía ganas de que se burlara de mí otra vez, y traté de coger el correo.

—No, nada de eso. No hago fiestas.

Siguió agarrándolo e inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Y entonces, qué? ¿Uno de esos adivinos? ¿Cartas y bolas de cristal, ese tipo de cosas?

—No —le contesté—, no soy un vidente. —Tiré del correo.

Ella no lo soltó.

—¿Pues qué es?

—¿Qué pone en el letrero de la puerta?

—Pone «Harry Dresden. Mago».

—Ese soy yo —confirmé.

—¿Un mago de verdad? —preguntó, con una amplia sonrisa, como si le estuviera contando un chiste—. ¿Que hace hechizos y pócimas? ¿Que trata con demonios y encantamientos? ¿Que es sutil y se enfada a la mínima?

—No tan sutil —. Le arrebaté el correo de las manos y miré de forma significativa al sujetapapeles.— ¿Puedo firma el recibo, por favor?

La sonrisa del nuevo cartero desapareció y en su lugar puso cara de pocos amigos. Me pasó el sujetapapeles para que firmara por la carta certificada (otro último aviso de mi casero) y dijo:

—Es un chiflado, eso es lo que es —. Volvió a coger el sujetapapeles.— Que tenga un buen día, señor.

Le miré mientras se marchaba.

—Típico —murmuré y cerré la puerta.

Mi nombre es Harry Blackstone Copperfield Dresden. Invócalo bajo tu propia responsabilidad. Soy un mago. Mi oficina está en los alrededores del centro de Chicago. Que yo sepa, soy el único mago profesional que ejerce abiertamente en el país. Me puedes encontrar en las páginas amarillas, en el apartado de magos. Te lo creas o no, soy el único que aparece ahí y mi anuncio dice:

### HARRY DRESDEN—MAGO

Se encuentran objetos perdidos. Investigaciones paranormales.

Asesoría. Consejos. Precios razonables.

No se hacen pócimas de amor, ni bolsos sin fondo, ni fiestas u otros entretenimientos.

Te sorprenderías al saber cuánta gente llama solo para preguntarme si voy en serio. Pero si hubieras visto las cosas que yo he visto, si supieras la mitad de lo que yo sé, te preguntaría cómo puede pensar nadie que no voy en serio.

A finales del siglo XX y en los albores del nuevo milenio hubo un ligero renacimiento de lo paranormal en la conciencia de todos. Videntes, fantasmas, vampiros..., todo lo habido y por haber. La gente todavía no los tomaba en serio, pero todas las cosas que la ciencia nos había prometido nunca llegaron a cumplirse. Las enfermedades todavía eran un problema, el hambre todavía era un problema, la delincuencia, la violencia y las guerras todavía eran problemas. A pesar de los avances tecnológicos, las cosas no habían cambiado como todos esperaban y pensaban que lo harían.

En cierto modo, la ciencia había llegado a mancharse de imágenes de lanzaderas espaciales explotando, bebés de madres drogadictas y una generación de norteamericanos displicentes que habían permitido que la televisión educara a sus hijos. La gente buscaba algo, pero creo que no sabían qué; y aunque estaban otra vez empezando a abrir los ojos al mundo de la magia y a lo misterioso, que había estado con ellos todo el tiempo, todavía pensaban que yo tenía que ser un farsante.

Total, había sido un mes sin mucho movimiento o más bien un par de meses sin apenas actividad. No pagué el alquiler de febrero hasta el diez de marzo y parecía que incluso iba a tardar más en ponerme al día este mes.

El único trabajo que había tenido había sido la semana anterior, cuando había ido a Branson, Missouri, para investigar la supuesta casa encantada de un cantante *country*. No había sido el caso. El cliente no estaba contento con mi respuesta y todavía lo estuvo menos cuando le sugerí que dejara las drogas e intentara hacer algo de ejercicio y dormir, que viera si eso no ayudaba más que un exorcismo. Había conseguido que me pagaran los gastos por desplazamiento y una hora de trabajo, y me había marchado con la sensación de que había hecho lo más honesto, lo más honrado y lo menos práctico. Más tarde me enteré de que había contratado a un

médium sinvergüenza para que fuera a celebrar una ceremonia con mucho incienso y velas negras. Hay gente para todo.

Terminé el libro de bolsillo y lo tiré a la caja de «acabados». Los libros ya leídos y de los que me había deshecho estaban apilados en una caja de cartón a un lado de mi escritorio, con los lomos doblados y las páginas destrozadas. No cuidó nada los libros. Estaba mirando el montón de los no leídos, pensando en cuál sería el próximo en empezar, puesto que no tenía trabajo de verdad, cuando sonó el teléfono. Me quedé mirándolo con cara de mal genio. Los magos somos especialistas en inquietarnos. Después de que sonara tres veces, cuando creí que ya no parecería tan ansioso, descolgué:

—Dresden.

—Eeh, ¿es usted, ummm, Harry Dresden? ¿Mmm, el mago?

El tono de la voz era de disculpa, como si temiera estar insultándome. *No, pensé, soy Harry Dresden, el vago. Harry el mago es una puerta más abajo.*

Estar de mal humor es la prerrogativa de los magos. Sin embargo, no lo es de los asesores autónomos que pagan con retraso el alquiler, así que en vez de hacer un comentario agudo, contesté a la mujer del teléfono:

—Sí, señora. ¿En qué le puedo ayudar?

—Mmm, no estoy segura —dijo—. He perdido algo y creo que tal vez usted me puede ayudar.

—Mi especialidad es encontrar objetos perdidos —respondí—, ¿qué tendría que buscar?

Se hizo un silencio tenso.

—A mi marido —respondió. Su voz era algo ronca, como la de una animadora después de un campeonato, pero se le notaba la edad suficiente como para calificarla de adulta.

Arqué las cejas.

—Señora, no es que sea lo que se dice especialista en búsqueda de personas desaparecidas. ¿Se ha puesto en contacto con la policía o con un investigador privado?

—No —contestó rápidamente—. No, no pueden. Quiero decir, no lo he hecho. ¡Ay, Dios, es todo tan complicado! No

es algo que se pueda hablar por teléfono. Siento haberle robado su tiempo, señor Dresden.

—Espere —me apresuré a decir—. Perdone, no me ha dicho su nombre.

De nuevo se hizo un silencio incómodo, como si estuviera comprobando unas notas antes de contestar.

—Llámeme Mónica.

La gente que sabe un poco de magos no nos quiere dar sus nombres. Están convencidos de que si nos enteramos del nombre por su propia boca, podríamos usarlo en su contra. Para ser sinceros, tienen razón.

Tenía que ser lo más cortés e inofensivo que pudiera. Ella estaba a punto de colgar por pura indecisión y yo necesitaba el trabajo. Si me lo curraba, seguramente encontraría al marido.

—De acuerdo, Mónica —le dije tratando de sonar tan melodioso y agradable como pudiera.— Si cree que su situación es de naturaleza paranormal, tal vez podría pasarse por mi oficina y hablar de ello. Si resulta que la puedo ayudar, bien, y si no, entonces la dirigiré a alguien que sea mejor ayuda —. Apreté los dientes y fingí una sonrisa. —  
Gratis.

Debió haber sido el hecho de decirle que no le cobraría nada. Accedió a pasarse por la oficina y me dijo que estaría allí en una hora, lo que significaba que llegaría aproximadamente a las dos y media. Tenía tiempo para salir, comer algo y volver para encontrarme con ella.

El teléfono sonó otra vez justo casi cuando lo colgaba y me sobresaltó. Le lancé una mirada escrutadora. No confío en los aparatos. Todo lo fabricado después de los años 40 es sospechoso y parece que no le gusto mucho. Absolutamente todo: coches, radios, teléfonos, televisores, vídeos... ninguno parece funcionar bien conmigo. Ni siquiera me gusta utilizar portaminas.

Contesté al teléfono con la misma falsa alegría que había empleado para atender a Mónica Marido-Perdido.

—Soy Dresden, ¿puedo ayudarle?

—Harry, te necesito en el Madison en diez minutos. ¿Podrás estar? —La voz al otro lado de la línea era también la de una mujer, impasible, enérgica y seria.

—¡Vaya, teniente Murphy! —Me deshice en amabilidad, desbordando sacarina—. Yo también me alegro de oírla. ¡Cuánto tiempo! La familia bien, gracias, ¿y la suya?

—Ahórratelo, Harry. Tengo aquí un par de cadáveres y necesito que eches un vistazo.

Enseguida me dejé de tonterías. Karrin Murphy era la directora de las investigaciones especiales del centro de Chicago, designada por el comisario de policía para investigar cualquier crimen calificado de inusual. Los ataques de vampiros, los trolls asaltantes y las hadas que secuestran niños no encajan muy bien en un informe policial, pero lo cierto es que atacan a gente, raptan a niños y dañan o destrozan casas; y alguien tiene que investigarlo.

En Chicago, o más bien en cualquier sitio del área metropolitana, esa persona era Karrin Murphy. Yo era su biblioteca andante de lo sobrenatural, además de asesor asalariado del departamento de policía. ¿Pero dos cadáveres? ¿Dos muertes por causas desconocidas? Nunca me había pedido que me encargara de algo así.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—En el hotel Madison de la décima avenida, séptima planta.

—A solo quince minutos a pie de mi oficina.

—Bien, así que estarás aquí en quince minutos.

—Ummm —vacilé. Miré el reloj. Mónica Sin-Apellido estaría aquí en poco más de tres cuartos de hora—. Tengo algo así como una cita.

—Dresden, pues yo tengo algo así como dos muertos sin sospechosos ni pista que seguir y un asesino suelto paseándose por ahí. Tu cita puede esperar.

Monté en cólera, lo hago de vez en cuando.

—No, en realidad no puede —repliqué—. Pero te digo una cosa, me pasaré por allí, echaré un vistazo y volveré para llegar a tiempo.

—¿Ya has comido? —preguntó.

—¿Qué?

Repitió la pregunta.

—No —contesté.

—No lo hagas. —Se hizo un silencio y cuando volvió a hablar había una especie de tono ingenuo en sus palabras.  
—. Esto está muy mal.

—¿Cómo de mal, Murph?

Su voz se suavizó y eso me asustó mucho más que cualquier imagen sangrienta o de muerte violenta. Murphy era la típica chica dura y se sentía orgullosa de no mostrar nunca debilidad.

—Está muy mal, Harry. Por favor, no tardes mucho. Los de crímenes especiales se mueren por meter las zarpas en este caso y supongo que no te gusta que la gente toque la escena antes de que puedas echar un vistazo.

—Voy para allá —le dije, ya de pie y poniéndome la chaqueta.

—Séptimo piso —me recordó—. Hasta ahora.

—Vale.

Apagué las luces de mi oficina, salí por la puerta y cerré con llave, mientras fruncía el entrecejo. No estaba seguro de cuánto tiempo estaría investigando la escena de Murphy y no quería perderme la conversación con Mónica No-Preguntas. Así que abrí de nuevo la puerta, saqué un trozo de papel y una chincheta y escribí: «salgo un momento. Volveré para la cita a las 14.30h. Dresden».

En cuanto acabé, bajé las escaleras. Casi nunca uso el ascensor, aunque estoy en un quinto piso. Como he dicho, no me gustan las máquinas. Siempre se estropean cuando las necesito.

Aparte de eso, si yo fuera alguien en esta ciudad que usa la magia para matar a dos personas a la vez y no quisiera que me pillaran, me aseguraría de deshacerme del único mago en ejercicio que tiene una iguala con el departamento de policía. Decidí que tenía más posibilidades por el hueco de la escalera que en los apretados límites del ascensor.

¿Soy un paranoico? Es probable. Pero el hecho de que seas un paranoico no significa que no haya un demonio invisible a punto de comérsete la cara.



Karin Murphy me estaba esperando fuera del Madison. Ella y yo somos puro contraste. Mientras que yo soy alto y delgado, ella es baja y fornida; si yo tengo los ojos y el pelo oscuro, ella tiene el pelo rubio y rizado a lo Shirley Temple y los ojos azul claro. Mientras que mis rasgos son enjutos y angulosos y tengo una nariz de líneas duras y una barbilla muy marcada, su cara es redonda y suave, con una de esas narices tan monas que uno espera en una animadora.

Hacía viento y algo de fresco, como es normal en marzo y ella llevaba un abrigo largo que le cubría su traje de chaqueta y pantalón. Murphy nunca llevaba vestidos, aunque yo suponía que tendría unas piernas musculosas y bien formadas, como una gimnasta. Estaba hecha para la acción, los dos trofeos de campeonatos de aikido que tenía en su despacho lo demostraban. Tenía el pelo cortado por los hombros y alborotado por el viento primaveral. Iba sin pendientes y llevaba un maquillaje de calidad y cantidad suficiente para no distinguir si iba pintada o no. Parecía más una tía favorita o una madre jovial que una dura detective de homicidios.

—¿No tienes más chaquetas, Dresden? —me preguntó, mientras me acercaba a ella. Había muchos coches de policía mal aparcados enfrente del edificio. Me miró a los ojos una fracción de segundo y luego los apartó enseguida. Tenía mérito, era más de lo que la mayoría de la gente hacía. No era peligroso, a menos que te quedaras un rato mirándome, pero yo estaba acostumbrado a encargarme de que cualquiera que supiera que era un mago no me mirara a la cara.

Miré hacia abajo, a mi guardapolvos negro de lona, de tela pesada, de forro impermeable y unas mangas demasiado largas para mis brazos.

—¿Qué tiene de malo?

—Parece sacada del vestuario de *El Dorado*.

—¿Y?

Resopló, un sonido falto de tacto por parte de una mujer tan pequeña, y giró sobre sus talones para caminar en dirección a la puerta del hotel.

La alcancé y la adelanté un poco.

Apretó el paso y yo hice lo mismo. Nos echamos una carrera hasta la puerta delantera, cada vez más deprisa, a través de los charcos que había dejado la lluvia de la noche anterior.

Mis piernas eran más largas, por lo que llegué antes. Le abrí la puerta y le cedí el paso con galantería. Era nuestra guerra de siempre. Tal vez mis valores estén anticuados, pero soy de la vieja escuela. Creo que los hombres no deberían tratar a las mujeres como hombres con pecho más bajitos y débiles. Que me juzguen y me condenen si soy una mala persona por pensar así. Disfruto tratando a una mujer como una señora, abriéndole la puerta, invitándola a comer, regalándole flores... todas esas cosas.

A Murphy le saca de quicio, porque tuvo que luchar con uñas y dientes y jugar sucio con los hombres más horribles de Chicago para llegar tan lejos como lo ha llegado. Me fulminó con la mirada mientras yo seguía sosteniéndole la puerta abierta, pero había consuelo en ella, relajación. Encontró un extraño alivio en nuestro ritual, que normalmente le molestaba.

Bueno, ¿tan grave era lo del séptimo piso?

Subimos en el ascensor y se hizo un silencio repentino. A estas alturas, nos conocíamos lo suficiente como para que los silencios no fueran incómodos. Podía percibir bien a Murphy, sus estados de ánimos y su forma de pensar de manera instintiva; es algo que desarrollo cuando estoy cerca de alguien durante un tiempo. No sé si es un don natural o sobrenatural.

Mi instinto me decía que Murphy estaba tensa, tan tensa como la cuerda de un piano. No se le notaba en la cara, pero me di cuenta por la postura de sus hombros y el cuello, y la rigidez de la espalda.

O quizás yo lo estuviera proyectando en ella. El hueco del ascensor me ponía un poco nervioso. Me humedecí los labios y miré en el interior. Mi sombra y la de Murphy caían sobre el suelo y casi parecían estar allí repanchingadas. Había algo de esto que me molestaba, una persistente reaccioncilla que me crispaba los nervios. Cuidado, Harry.

Ella dejó escapar un fuerte resoplido cuando el ascensor empezó a pararse, tomó aliento de nuevo antes de que las puertas se abrieran, como si estuviera pensando en aguantar la respiración durante todo el tiempo que estuviéramos en esa planta y volver a respirar solo cuando volviéramos al ascensor.

La sangre tiene un olor particular, como pegajoso, casi metálico y el aire estaba impregnado de este olor cuando las puertas se abrieron. Se me contrajo un poco el estómago, pero tragué con valentía y seguí a Murphy fuera del ascensor, por el pasillo, donde pasamos a una pareja de polis uniformados, que me reconocieron y me saludaron con la mano sin pedirme que les enseñara la tarjetita plastificada que la ciudad me había dado. De acuerdo, incluso en el departamento de una gran ciudad como era el caso del departamento de policía de Chicago, no es que exactamente recurrieran a una multitud de asesores (creo que en el papeleo aparecía como colaborador vidente), pero bueno; poco profesional por parte de los pitufos.

Murphy me precedió en la habitación. El olor a sangre cada vez era más fuerte, pero no había nada truculento detrás de la puerta número uno. La habitación exterior de la suite era como un salón de ricos tonos en rojo y dorado, como un viejo decorado de los años 30: caro en apariencia, pero sin embargo, algo falso. Las sillas estaban tapizadas con piel oscura y suntuosa, y mis pies desaparecían bajo el pelo de una gruesa alfombra color marrón rojizo. Las cortinas de velvetón aterciopelado estaban corridas y, aunque las luces estaban encen-

didadas, la habitación seguía estando demasiado a oscuras, con un toque demasiado sensual en las texturas y los colores. No era el tipo de sitio donde te sientas a leer un libro. Oí unas voces que venían de la puerta a mi derecha.

—Espera aquí un momento —me dijo Murphy. Después atravesó la puerta a la derecha de la entrada y pasó a lo que parecía el dormitorio de la suite.

Di unas vueltas por el salón con los ojos casi cerrados, fijándome en las cosas. Un sofá y dos sillas de piel, un equipo de música y una televisión en un centro de ocio de color negro brillante. Una botella de champán se calentaba en un soporte sobre el que había un recipiente lleno hasta el borde de lo que había sido hielo la noche anterior, y a su lado, dos copas vacías. Había un pétalo de rosa rojo en el suelo que desentonaba con las alfombras, pero, ¿qué no lo hacía en aquella habitación?

A un lado, bajo la falda de uno de los sillones reclinables, había un trozo de tela satinada. Me agaché y levanté el faldón con una mano, con cuidado de no tocar nada. Un par de bragas de satén, un triángulo minúsculo de encaje en los bordes, rotas por uno de los extremos, como si las hubieran arrancado. Un poco pervertido.

El equipo de música era último modelo, aunque no de una marca cara. Cogí un lápiz del bolsillo y pulsé el botón de «play» con la goma de borrar. Una música suave y sensual llenó la habitación, un grave contrabajo, una percusión impulsora, una canción sin palabras, con los jadeos de una mujer como único fondo.

La música continuó un poco más y entonces empezó a saltar en una parte que duraba dos segundos, repitiéndola una y otra vez.

Me estremecí. Como he dicho, tengo este efecto sobre las máquinas. Tiene algo que ver con ser un mago, con trabajar con fuerzas mágicas. Cuanto más delicado y moderno sea el artilugio, más posibilidades hay de que algo se estropee si estoy cerca. Puedo acabar con una fotocopidora que esté a cinco pasos.

—La suite del *amooooor* —dijo una voz de hombre, alargando la o—. ¿Qué piensas, amigo?

—Hola, detective Carmichael —le saludé sin darme la vuelta. La voz nasal y algo suave de Carmichael era inconfundible. Era el compañero escéptico de Murphy, convencido de que yo solo era un charlatán que estafaba a los ciudadanos el dinero que se habían ganado con el sudor de la frente—. ¿Te estabas guardando esas bragas para llevártelas a casa o no las habías visto?

Me volví y le miré. Era bajo, demasiado gordo y se estaba quedando calvo, tenía los ojos redondos y brillantes como cuentas, inyectados en sangre, y apenas tenía barbilla. Llevaba una chaqueta arrugada y tenía unas manchas de comida en la corbata, lo que servía para ocultar un agudo intelecto. Era un poli perspicaz y rematadamente implacable cuando buscaba asesinos.

Pasó junto a la silla y miró hacia abajo.

—No está mal, Sherlock —dijo—, pero esto es solo un prelude. Ya verás el plato fuerte. Te he traído hasta un cubo.

Se dio la vuelta y apagó el CD estropeado con un golpe de la goma de su propio lápiz.

Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos para demostrarle lo aterrorizado que estaba, después pasé por su lado y entré en el dormitorio. Y me arrepentí. Miré, observé los detalles de forma automática, y poco a poco fui cerrando la puerta de la parte de mi cabeza que había empezado a gritar en el mismo instante que entré en la habitación.

Debió de haber sido en algún momento de la noche anterior, porque los cadáveres ya estaban rígidos. Estaban en la cama; ella sentada a horcajadas encima de él, con el cuerpo inclinado hacia atrás, con la espalda arqueada como una bailarina; las curvas de sus pechos formaban un precioso perfil. Él, un hombre delgado, de compleción fuerte, estirado debajo de ella, con los brazos extendidos, agarrando las sábanas de raso, recogidas en sus manos. Si hubiera sido una fotografía erótica, hubiera sido una imagen espectacular.

Excepto porque la caja torácica de los amantes en la parte superior izquierda de sus torsos se había dilatado hacia fuera, a través de la piel, dejando las costillas al descubierto como cuchillos desiguales y partidos. La sangre arterial que había salido de los cuerpos salpicaba todo hasta el espejo del techo, junto con una masa de carne gelatinosa que debía de ser lo que quedaba de sus corazones. Mientras los miraba, pude ver el interior de la cavidad superior de los cuerpos. Entonces me fijé en las paredes grisáceas de los pulmones inmóviles y los bordes de las costillas, que al parecer estaban forzadas hacia fuera y partidas por alguna fuerza interior.

No hay duda de que cortaba todo el potencial erótico.

La cama estaba en el centro de la habitación, lo que la dotaba de un énfasis sutil. El dormitorio estaba decorado igual que el salón: mucho rojo, mucho tejido lujoso, un poco exagerado a menos que se estuviera a la luz de las velas. De hecho, había velas en los apliques, pero ya estaban consumidas y apagadas.

Me acerqué más a la cama y caminé a su alrededor, chapoteando sobre la alfombra. La parte de mi cerebro que gritaba, encerrada a salvo tras las puertas del autocontrol y el estricto entrenamiento, continuaba farfullando. Intenté ignorarla. De verdad que lo hice, pero si no lograba salir de aquella habitación a toda prisa, iba a empezar a llorar como una niña pequeña.

Así que me fijé rápido en los detalles. La mujer tenía veintitantos años y estaba en muy buena forma. Al menos, parecía que lo había estado. Era difícil de decir. Tenía el pelo de color castaño, cortado a lo paje, y me pareció que estaba teñido. Sus ojos solo estaban abiertos en parte lo que solo me permitió ver que no eran oscuros. ¿Algo verdes?

El hombre puede que fuera cuarentón, y tenía la típica forma física de alguien que ha llevado una vida de entrenamiento. Tenía un tatuaje en el bíceps derecho, una daga alada, que estaba medio oculta por el tirón de las sábanas de raso. Había señales en los nudillos, profundas, y en el bajo vientre, una terrible cicatriz estrecha y arrugada que supuse que sería de una herida de cuchillo.

Había ropa tirada por el suelo: un esmoquin de él y de ella, un vestido tubo de color negro junto a unos zapatos de salón. Había un par de bolsos de viaje sin abrir y apartados a un lado con cuidado, seguramente por el portero.

Alcé la vista. Carmichael y Murphy me estaban observando en silencio. Me encogí de hombros hacia ellos.

—¿Y bien? —me preguntó Murphy—. ¿Estamos tratando con magia o no?

—Hubiera magia o no, lo que está claro es que tuvieron unas relaciones sexuales increíbles— recalqué.

Carmichael soltó una carcajada.

Yo también me reí un poco y eso fue justo lo que la parte que gritaba en mi cerebro necesitó para abrir de un portazo las puertas que yo había cerrado. El estómago se me revolvió y cuando empezaron las arcadas, salí tambaleándome de la habitación. Carmichael, fiel a su palabra, había puesto un cubo de acero inoxidable fuera de la habitación, donde caí de rodillas y vomité.

Solo tardé unos instantes en controlarme de nuevo, pero no quería volver allí dentro. No necesitaba ver otra vez lo que había. No quería ver los dos muertos, cuyos corazones habían estallado literalmente fuera de sus pechos.

Habían usado la magia para hacerlo, habían usado la magia para dañar a alguien y eso violaba la primera ley. Al Consejo Blanco le iba a dar una apoplejía colectiva. Aquello no había sido obra de un espíritu maligno o de una entidad malévola, o un ataque de una de las muchas criaturas del mundo fantástico, como los vampiros o los trolls. Había sido premeditado, un acto deliberado de un brujo, un mago o un humano capaz de aprovecharse de las energías fundamentales de la creación y la vida misma.

Era peor que un asesino. Era una perversión horrible y retorcida, como si alguien aporrear a otra persona hasta matarla con un Botticelli; convertía algo bello en un acto de destrucción total.

Si nunca lo has vivido, es difícil de explicar. La vida y sobre todo la consciencia, la inteligencia y las emociones de

un humano crean la magia. El hecho de acabar con una vida con la misma magia que había nacido de ella era algo espantoso, de algún modo casi incestuoso.

Volví a incorporarme y estaba respirando con dificultad, agitando y probando el bilis en mi boca, cuando Murphy salió de la habitación con Carmichael.

—Está bien, Harry —dijo Murphy—. Venga, ¿qué crees que ha pasado aquí?

Me tomé un momento para ordenar mis ideas antes de contestar.

—Entraron. Tomaron algo de champán, bailaron un rato, se besuquearon, aquí, junto al equipo de música. Después fueron al dormitorio, donde estuvieron menos de una hora. Les pilló cuando estaban llegando al punto álgido.

—Menos de una hora —repitió Carmichael—, ¿cómo lo sabes?

—El CD dura solo una hora y diez minutos. Calcula unos minutos para bailar y beber y luego pasan al dormitorio. ¿Estaba sonando el CD cuando los encontraron?

—No —contestó Murphy.

—Entonces no dejaron el reproductor para que siguiera sonando. Supongo que querían música para que todo fuera perfecto, vista la habitación y lo demás.

Carmichael lanzó un gruñido, malhumorado.

—No es nada que no hayamos adivinado por nuestra cuenta —le dijo a Murphy—, será mejor que se le ocurra algo más que eso.

Murphy le lanzó una mirada a Carmichael de «cállate» y dijo en voz baja:

—Necesito algo más, Harry.

Me pasé una mano hacia atrás por el pelo.

—Hay solo dos formas de poder haber hecho esto. La primera es por evocación. La evocación es la manera más directa, espectacular y ruidosa de magia explícita o brujería, con explosiones, fuego y todo eso. Pero dudo mucho que haya sido un evocador.



—¿Por qué? —preguntó Murphy. Oí su lápiz deslizándose por el bloc que siempre llevaba consigo.

—Porque tienes que ver o tocar el sitio donde quieres que haga efecto —le contesté—, solo la línea visual. Esa mujer, o ese hombre, tendría que haber estado en la habitación con ellos. Sería difícil ocultar las pruebas forenses con algo así y alguien que fuera lo suficientemente hábil para conseguir un hechizo como ese, hubiera preferido usar un arma. Es más fácil.

—¿Cuál es la otra opción? —preguntó Murphy.

—La taumargia —dije—. Como es arriba, es abajo. A través de la energía algo que ocurre a pequeña escala, pasa a gran escala.

Carmichael resopló.

—¡Qué gilipollez!

Murphy parecía escéptica.

—¿Cómo funciona eso, Harry? ¿Podría hacerse desde otro sitio?

Asentí con la cabeza.

—El asesino necesitaría tener algo que le conectara con las víctimas: pelo, uñas, muestras de sangre... ese tipo de cosas.

—¿Cómo un muñeco vudú?

—Sí, exacto, es lo mismo.

—El pelo de la mujer está recién teñido —señaló Murphy. Asentí.

—Tal vez si averiguaras a qué peluquería fue, podrías descubrir algo. No sé.

—¿Hay algo más que nos sirva de ayuda?

—Sí, el asesino conocía a sus víctimas. Creo que era una mujer.

Carmichael resopló.

—Me parece increíble que tengamos que sentarnos a escuchar esto. En el noventa por ciento de los casos el asesino conoce a la víctima.

—Cállate, Carmichael —le ordenó Murphy—. ¿Por qué lo dices, Harry?

Me levanté y me restregué la cara con las manos.

—Por cómo funciona la magia. Cada vez que la usas, viene de tu interior. Los magos tienen que concentrarse en lo que intentan hacer, visualizarlo, creer en ello, para que funcione. No puedes hacer que algo ocurra si no es parte de ti, de tu interior. El asesino podría haber matado a ambos y hacer que pareciera un accidente, pero prefirió hacerlo de esta manera. Para haberlo hecho así, tenía que quererlos muertos por motivos muy personales, para estar deseando llegar tan dentro de ellos. Venganza, quizá. A lo mejor estás buscando una amante o una esposa.

»También por el momento en el que murieron: justo cuando hacían el amor. No fue una coincidencia. Las emociones son como un canal para la magia, una vía que se puede usar para llegar hasta ti. Eligió el momento en el que estarían juntos y llenos de lujuria. Tenía muestras que usaría para concentrarse y lo tenía planificado con antelación. Estas cosas no se hacen a extraños.

—Mierda —se quejó Carmichael, pero esta vez era más una maldición al aire que algo dirigido a mí.

Murphy me fulminó con la mirada.

—Sigues hablando en femenino —me desafió—. ¿Por qué coño piensas eso?

Hice un gesto hacia la habitación.

—Porque no puedes hacer algo tan malo sin muchísimo odio —dije—. Las mujeres odian mejor que los hombres. Lo concentran mejor y lo sueltan mejor. Mierda, las brujas son muchísimo más malas que los magos. Tengo la sensación que esto ha sido una venganza femenina.

—Pero también puede haber sido cosa de un hombre —replicó Murphy.

—Bueno —evité contestar.

—Dios, eres un machista asqueroso, Dresden. ¿Es que solo una mujer haría algo así?

—Bueno, no, no lo creo.

—¿Que no lo crees? —dijo Carmichael arrastrando las palabras—. Estás hecho un experto.

Los miré con el entrecejo fruncido. Estaba furioso.

—No he trabajado nunca en lo que se necesita para hacer explotar el corazón de alguien, Murph, pero en cuanto tenga ocasión, te aseguro que te lo comunicaré.

—¿Cuándo podrás decirme algo?—me preguntó Murphy.

—No lo sé. —Levanté una mano y me anticipé a su siguiente comentario—. No puedo controlar el tiempo, Murph. Ni siquiera sé si voy a poder averiguar algo, y mucho menos cuánto voy a tardar.

—A cincuenta pavos la hora, será mejor que no tardes mucho —gruñó Carmichael. Murphy le lanzó una mirada. No es que estuviera de acuerdo con él, pero tampoco le bajó los humos.

Aproveché la oportunidad para respirar hondo y relajarme. Finalmente volví a mirarlos. —Vale, ¿quiénes son? —pregunté—. Las víctimas.

—No te hace falta saberlo —me cortó Carmichael.

—Ron —le llamó Murphy—, me vendría bien un café.

Carmichael se volvió hacia ella. No era alto, pero se le veía imponente al lado de Murphy.

—¡Ay, venga, Murph! Este tío te está tomando el pelo. No pensarás que va a ser capaz de decirte algo que merezca la pena oír, ¿no?

Murphy se quedó contemplando la cara sudorosa de su compañero, de ojos redondos y brillantes, con una fría prepotencia, tan intensa que hubiese podido con uno que midiera quince centímetros más que ella.

—Sin leche y dos terrones.

—Maldita sea —se quejó Carmichael. Me lanzó una mirada fría, pero sin acabar de mirarme a los ojos, después se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y salió ofendido de la habitación.

Murphy le siguió hasta la entrada, sin hacer ruido, y cerró la puerta. De inmediato el salón se oscureció, faltaba el aire, con el sonriente demonio de su antigua intimidad barata que bailaba en el olor de la sangre y el recuerdo de los dos cadáveres de la habitación contigua.

—La mujer se llamaba Jennifer Stanton. Trabajaba para el Velvet Room.

Silbé. El Velvet Room era una agencia de acompañantes de lujo dirigida por una mujer que se llamaba Bianca. Bianca tenía un montón de mujeres guapas, encantadoras y graciosas, que complacían a los hombres más ricos de la zona por unos cientos de dólares la hora. Bianca vendía el tipo de compañía femenina que la mayoría de hombres solo ve en televisión y en las películas. También sabía que era una vampira de considerable influencia en el mundo fantástico. Tenía Poder, con «P» mayúscula.

Le había intentado explicar a Murphy otras veces el mundo fantástico. No acababa de comprenderlo, pero sí entendía que Bianca era una vampira follonera que a veces se peleaba por el territorio. Ambos sabíamos que si una de las chicas de Bianca estaba relacionada con el caso, la vampira lo estaría también de una u otra forma.

Murphy fue directa al grano.

—¿Tiene algo que ver con las disputas territoriales de Bianca?

—No —contesté—, a menos que la tenga con un brujo humano. Un vampiro, un brujo, incluso una bruja vampiresa, no podría haber logrado algo así fuera del mundo fantástico.

—¿Podría estar enfrentada con un brujo humano? —me preguntó Murphy.

—Es posible, pero no le pega. No es tan estúpida.

Lo que no le dije a Murphy era que el Consejo Blanco se aseguraba de que los vampiros que jugaran con profesionales de la magia mortales nunca vivieran para jactarse de ello. No le hablo a la gente normal del Consejo Blanco, no está bien visto.

—Además —continué—, si un humano quisiera llegar a ella atacando a sus chicas, sería mejor que estuviera fuera para matar a la chica y dejar al cliente sano y salvo, y así difundir la historia y ahuyentar la clientela.

—Psé. —Murphy no estaba muy convencida, pero anotó lo que había dicho.